

(así como Moisés, que tenía en la cara tanta lumbré, y de fuera tenía puesto el velo con que le tapaba la cara), *convirtióse* al espíritu. No se mira lo que de fuera suena, sino los misterios que en ella están encerrados; conviértase al espíritu. ¿De qué manera? Mandaba Dios (*Deut.*, 14): No comáis puerco, comed un cordero en tal tiempo, de esta y de esta manera. Vuélvase esto a Dios, vuélvanse estas ceremonias al espíritu. ¿Cómo se entiende, qué quiere decir no comer del puerco? Que es no hacer cosa sucia así como puerco; no hacer pecados de carne, no suciedades, que son significadas por el puerco. ¿Cómo se entiende el comer del cordero? Así, así convierte eso al espíritu; entiéndelo espiritualmente. Entiéndese ese comer del cordero, y el no comer del puerco, no según suena la letra, no según la carne, sino según el espíritu.

Pues así acá. ¿Qué te movió, Señor, pues que no amas la carne antes tanto la aborreces, y tanto nos mandas huir de ella, mandarnos contar tu linaje y genealogía? *Convirtamos el linaje de la carne al del espíritu*, la generación de la carne a la generación del espíritu, y veremos qué es lo que movió al Evangelista de contarnos el linaje de Jesucristo, que es *el linaje espiritual* de Jesucristo. Eso, eso alabad, ¡pecador de mí!, a éste tened envidia, no al que descende de Abraham, de Isaac, y de Jacob y de David, y tantos reyes y Patriarcas. No tengáis envidia de que descende, según la carne, de tantos generosos; de estar escrito en la generación suya espiritual, esto es lo que habéis de tener en mucho, de esto habéis de hacer gran caudal, que no de ser pariente suyo, por más cercano que fuédeses. ¿No lo dijo así Jesucristo cuando una vez estaba predicando y estaba a la puerta su Madre y sus hermanos? *Ecce mater tua et fratres foris stant quaerentes te alloqui* (*Mt.*, 11). Y respondió el Señor entonces: *El que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi padre. hermano y mi madre.* Esto es lo que Dios alaba y tiene en algo. Otra vez respondió a la mujer que le dijo (*Lc.*, 11): *Bienaventurado el vientre en que anduviste, y los pechos que mamaste, mas antes bienaventurado el que oye la palabra de Dios y la guarda.* Esto es el ser hidalgo, el que es del linaje espiritual de Jesucristo.

¿Queréis ser contados con los de su generación?

Pues escuchad, que en este Evangelio se cuentan y están pintados los pasos que andan los que son de este linaje, y los que habéis de andar vos, si queréis y habéis de ser tenido por los de su generación.

4.--*Abraham: Desconfianza de sí, y confianza en Dios.*

¿Quién es el primero de este linaje? Abraham: no entendáis el carnal, dejad ese; pues entended por Abraham lo que entiende San Pablo (*Rom.*, 4): *Pater multarum gentium*: Abraham, padre de los creyentes; tomad, pues, en cuanto creyente. ¿Qué quiere decir el primero en ser Abranam? Que si estáis fuera de este linaje espiritual de Jesucristo, la primera piedra que habéis de poner, el primer fundamento, es la fe; que habeis de creer, que habeis de cerrar los ojos a lo que Dios os dijere, sea poco, sea mucho, sea claro, sea obscuro; básteos decirlo Dios para pensar que sin falta será así lo que Él prometiere.

Era Abraham tan viejo, estaba tan descaecido para haber de esperar de sí generación naturalmente, que no era más que un muerto, y su mujer Sara estéril aun en su mocedad, y llegábase entonces que era viejísima, marchita y descaecida en gran manera; Abraham viejo, que había cien años; Sara estéril, casi tan vieja como su marido: ¿qué os parece qué fundamentos éstos para generación? Pues estos dos son los primeros que entran en el linaje espiritual de Jesucristo. ¿Qué quiere decir que de dos viejos, que de dos flacos, que de aperreados, desmayados y de ninguna virtud y fuerzas, de descaecidos, de ellos nace Jesucristo, de ellos nace *el Hijo de bendición*? Así me parece que quiere decir: El hijo de la amistad de Dios, el que ha de estar en su amor y en su gracia, de viejos ha de nacer, de flacos, de desmayados, de desconfiados de sí mismos, de los que se apocan en sí quitada la fantasía. Que por naturaleza no vamos al cielo, sino por gracia. Aunque seas más sabio que Salomón, aunque seas más rico que Crespo, aunque seas más casto que Jenócrates, no te vale todo nada. ¿Confías de lo que vales? Puedes desconfiar de tus pocas fuerzas. Conoce que eres nada, no te engrandezcas de lo que sabes, cuélgate de la misericordia de Dios, por limosna se lo pide, no por tus fuerzas y merecimientos. Di: Señor, ¿puedo alcanzarte a Ti sin Ti?

No puedo ir a Ti sin Ti; no puedo ir a Ti, si Tú no me das fuerzas para que vaya a Ti. Remédíame, ampárame Tú, que eres todo mi consuelo, todo mi remedio, toda mi defensa; en tus manos están mis fuerzas, en tus manos están mis bienaventuranzas; nadie puede remediarme sino Tú, en tus manos me pongo, Señor mío (1).

Así, pues, hemos de hacer; confesarnos por flacos, por desmayados, por estériles, por miserables; porque no sabemos, ni podemos, ni valemos, ni hemos de entrar, ni podemos por nuestra naturaleza ir al cielo. Que si estás engrandecido, y un poco contento de ti mismo, no porque sea tuyo el cielo ni la tierra, ni por tu castidad, ni por tu humildad ni paciencia, nunca entrarás en el linaje de Jesucristo. De esta manera entrarás, derribándote, apocándote, desconfiando de tus fuerzas.

Y éstos son los bienaventurados pobres de espíritu, porque de éstos es el reino de los cielos. No quiero riquezas demasiadas—dijo Salomón (Prov., 30)—, porque por ventura no me engrandezca con ellas y te niegue. ¿Qué valió al fariseo, decid, su riqueza (Lc., 18), pues con ella salió condenado del templo, porque confiaba en sus fuerzas? ¿No le valió más al publicano su pobreza, pues con ella salió justificado, porque desconfiaba de sí y de sus fuerzas? Del pobre, pues, es el reino de los cielos; del que piensa que no es nada, del que no osa parecer delante de Dios viendo su poquedad; el que dice: «Señor, no tengo ojos para parecer delante de vuestro acatamiento. ¿Cómo ha de parecer una tan profunda bajeza delante la incomprendible bondad, y delante de tan grande alteza como la vuestra, Señor? No soy nada, ni valgo nada, ni puedo algo; Vos Señor, sois todo mi precio, mi fuerza, mi riqueza; Vos, Señor, todo mi arrimo, todo el bien de mi ánima.» De estos, pues, debilitados, de los flacos, de estos desmayados nace Jesucristo. Por bajeza se entra en su linaje.

—Señor, ¿tuvo más Abraham? —Sí, estaba muy confiado, tenía grandísima fe en Dios. No basta que os conozcáis por miserable si no estáis confiado en Dios; no basta que estéis muy desmayado de vuestras fuerzas, si no estáis confiado en Dios, si no pensáis que hay en Dios poder y misericordia para esforzaros y

(1) San Agustín,

remediaros. No basta que sintáis muy bajamente de vos mismo, sino que sintáis muy altamente de Dios.

Estaba, pues, Abraham muy flaco, muy derribado y desconfiado de sí; y muy esforzado, muy animado, muy fuerte, muy confiado de Dios. Vino Dios por allí un día, y díjole que de allí a un año tendría un hijo.

—¿Que esos viejos y debilitados han de tener hijos, Señor?

—Sí que han de tener, sí.

—¿Que esos que más parecen muertos, y están para la sepultura más que para engendrar, ahora al cabo de tantos años que viven y nunca han tenido generación, han de tener ahora hijos?

—Sí. Su mujer rióse un poquito de lo que le dijo Dios; túvolo por casi cosa de burla. *Fuí estéril en mi mocedad cuando pudiera engendrar, ahora sobre esto viene la vejez, ¿cómo puede ser esto, que ahora haya de concebir yo?* Dudó un poco Sara, mas el fuerte Abraham creyó sin dudar. No miró: Soy viejo, mi mujer estéril, ¿cómo ha de ser esto? Ni paró en nada eso. ¿Pues qué hizo? *Crejó luego a la palabra de Dios.* y confió firmísimamente que no habría falta en lo que Dios le decía.

A nosotros dice esto, que si te lloras por miserable, si te paras a mirar tu flaqueza, si te paras a mirar: «Treinta años ha que vivo mal; cada día propongo de vivir bien, nunca lo cumplo; hoy caigo aquí, mañana allí.» Si te paras a considerar las veces que has querido servir a Dios y nunca has acabado de salir con ello, no desmayes, sino confía mucho. Menester es aprender y saber que sin Dios no tenemos sino miserias. Y así dijo un santo monje: «Nunca acabarán tus tentaciones de darte guerra, hasta que verdaderamente conozcas de ti que eres nada, y que en sólo Dios está tu remedio, y confíes que Él te ha de remediar, y estés tan cierto de que no vales nada sin Dios, y que no te puedes conocer sin Él, como lo estarías de que no podrías, si quisieses, agotar un mar muy grande con un jarrico muy pequeño, sacando muchos jarros de él hasta venir a no dejar nada.

«¡Señor, muy malo he sido! ¿Quién podrá contar las veces que te he ofendido? ¡Qué de años he gastado en ofenderte! No podré dar cuenta de una hora bien gastada, sino de mil cuentos de abominaciones. Si no me remedias, Señor piadosísimo, perdido seré; ¿qué ha de ser de mí si me dejas?» Bueno estáis aho-

ra; ya tenéis una parte de las dos de Abraham, el desmayo de vos mismo, la desconfianza de vuestras fuerzas, la flaqueza de quien sois; bueno estáis, ¿pero habéis de desmayar por eso? No, sino habéis de tener confianza en la misericordia de Dios que levanta los caídos, que os ha de remediar, que os ha de esforzar, que os ha de traer a estado de salvación.

Hacer buenas obras menester es, y conocer vuestra flaqueza y bajeza; pero si ahí os quedáis no vale nada. ¿Qué más ha de haber que confianza? Fe viva. No hay tan cierta renta, como la de los que confían, como la de los que esperan firmemente en Dios. Confiar tenéis, hermano, que ha de traer Dios algún día, en el cual tendrá vuestra Sara un hijo; que un día vendrá, en el cual os dé Dios gracia con que se consuele vuestra ánima; que esa ánima tan mala, tan estéril, tan indevota, tan soberbia, se vuelva humilde: ella será devota y humilde a su Dios. ¡Qué regocijo suele tener el alma cuando de soberbia, se ha vuelto humilde! ¡Cuando de ciega, ve! ¡Cuando de desobediente, se ve ya obedecer a Dios! ¡Cuando de mala, se ve buena por la gracia de Dios! Dice entonces Isaías (49): *Ego sterilis et non pariens, transmigrata et captiva; et istos quis enutrivit? Ego destituta et sola; et isti ubi erant?* Cuando el alma se ve blanda, devota y limosnera, humilde, casta y limpia, dice: ¿Qué es aquésto? ¿Quién me ha dado estos hijos? ¿Quién me ha engendrado y criado estas buenas obras? ¿Qué es aquésto? La misericordia de Dios, que hace tantas mercedes al alma, que no las puede entender.

¡Oh Padre! Si me dijeren a mí los ángeles que había de venir un día en el cual tuviese un hijo que se llamase gozo, como le dijeron a Abraham, estaría confiado; si Dios me lo hubiese dicho, estaría y esperarí con confianza su promesa; pero nunca Dios me ha dicho nada de eso, nadie me ha hablado de su parte, no entiendo ese lenguaje, nunca he sentido en mí nada de esas cosas; no sabré dar señas de eso, ni lo entiendo. —Hermano, en vos está la falta; que de parte de Dios no la ha habido; que no ha dejado Él de enviaros mensajeros. Sí, que a hombres se dicen esas cosas, no a los ángeles. *Vobis repromissio facta est, et filis vestris*, dice el Apóstol (Act., 2). A vosotros se ha dicho esta promesa, y a vuestros hijos; a vosotros se ha de comunicar Dios y enviaros

sus mensajeros y a vuestros hijos, que os avisen y os comuniquen lo que de vosotros quiere. Decid, ¿nunca os ha llamado Dios? Si sentís en vuestra ánima una mudanza del mal en bien, un mirar la vanidad de esta vida, y ver cómo todo perece; veros a vos cuán presto moriréis, y cómo se quedará acá todo; un decir: ¿Para qué quiero poner mi esperanza en cosa que tan presto se pasa? ¿Quién confía en cosa tan perecedera? ¿Quién confía en cosa que tan ligeramente se haya de acabar? Si sentís eso, de Dios es, nuestro Señor os ha llamado. ¿Pensábades vos, hermano, que eso no era de Dios? ¿En tan poco tenéis eso? ¿Qué, pensáis que sois vos bastante para pensar eso de vos mismo? Engañado vivís; sabedlo conocer, que inspiraciones son de Dios; no tenéis vos fuerzas. *Omnis qui audivit a Padre et didicit, veni ad me (Jn., 6)*. ¿Pensabas que era tuyo ese bien? *Todo aquel que oye y aprende del Padre viene a Mí*. Si has venido a Jesucristo, [fué] porque has oído y has sido enseñado del Padre; ninguno va a Jesucristo si primero no le llama y le lleva el Padre, mediante el hablarle en las santas inspiraciones. Esos propósitos buenos, esos deseos, esa mudanza que has hecho del mal al bien, de Dios te viene; esa palabra de Dios es. Si sientes buenos propósitos, si sientes buenos pensamientos, si anda tu corazón encendido en buenos deseos de dejar la vida mala y llegarte a Dios, y servirle y no ofenderle, ten esperanza que muy presto parirá tu ánima un hijo que se llame gozo.

—Padre, ¿dónde está la promesa de eso, para que haya yo confianza que no faltará la palabra de Dios? —Harto mal es eso que no lo sepamos, o que si lo sabemos que se nos olvide. Cuando te bautizaron, allí se hizo la promesa; el ser bautizado señal es que te ha llamado Dios a la gracia; cuando te tomó por hijo en el santo Bautismo, allí se te dió señal que nunca te faltaría Dios, que siempre te socorrería en todas tus necesidades, que no dejaría de hablarte y aconsejarte en tus dificultades y dudas, y enviarte ángeles y mensajeros que te hablasen de su parte, que son las inspiraciones buenas. ¿Pensáis que poco es ser cristianos?

—¿Cuándo me prometieron que me había de dar Dios hijo que se había de llamar gozo, que había Dios de consolar y recrear mi ánima, y socorrerla en sus necesidades? —Cuando te bautizaron. Y si no sientes

este gozo, y si no sientes este bien y alegría, si no te ha nacido hijo, es porque te has apartado de Dios, ¡y plegue a Él que no sea por el pecado! Pero si sientes estos remedios de la misericordia de Dios, si sientes lo que habla en tu corazón, si sabes estar atento a lo que dice, confía, espera en Él, ten firme confianza que no te faltará su promesa, pues a nadie faltó en esta vida, y nadie se quejará de Dios que no ha cumplido con él en darle el hijo que le prometió en el bautismo.

Después nace Isaac, que quiere decir gozo, risa: *Risum fecit mihi Dominus* (Gen., 18). Decid, ¿qué es lo que nace después de haber llorado en vuestro rincón vuestros pecados? Después de bien arrepentidos ¿qué nace? Gozo y alegría. El que no sabe de llorar no sabe de bien ninguno. ¿Qué nace después de la confianza que tenéis de que os ha perdonado Dios nuestro Señor por su misericordia? Un placer que siente el ánima, que le hace salir de sí. ¿Qué nace después de haberos entristecido mucho? Mucha alegría. Más segura es la alegría que viene después de la tristeza, que el gozo que viene sin haber pasado tristeza; guardaos de él. El gozo que no nace de verdadera alegría, tenedlo por sospechoso. Es ésta la condición de Dios nuestro Señor, que no quiere ser servido de dar alegría ni de consolar a nadie, sin que primero le desconsuele y entristezca. Un poquito de soberbia que tengas, que te la hagan dejar, conocerte y llorarte por miserable, te hace que goces verdaderamente de la alegría, y que sepas de bien. Pues de este llorar, de tristeza, del desconsuelo, de este desechar placeres, de este confiar en Dios nace la risa y el gozo, el hijo que pertenece al linaje de Jesucristo.

##### 5.—Pruebas de nuestra fe.

Alguno habrá aquí que le habrá nacido; que estará muy alegre, muy gozoso, muy esforzado en Dios, que por la misericordia suya tiene confianza que está en gracia: «Bien me quiere Dios, salvarme tengo.» ¿Cuándo? No hay hombre cuerdo a caballo. No queráis tanto este hijo; no os alegréis demasadamente con él: ¡paso!, mirad lo que hacéis, mirad que hay peligro en eso. No seas como las madres que quieren tanto a sus hijos, y juegan tanto con ellos, y regálanlos

tanto, que los hacen malos. Esperad y crecerá el hijo y veréis lo que pasa. Cuando ya era grande Isaac, y después de tantos placeres, y después de tantas alegrías como había en Abraham por el nacimiento de su hijo Isaac, cuando más seguro penso que estaba, llamóle Dios, y dijo: *Abraham, toma tu hijo Isaac muy amado, y ve al monte que yo te enseñaré, porque quiero que allí lo mates y sacrifiques.* Tomad por ahí, ¿paréceos que es menester tanto? No diga nadie: «Bien estoy, no me falta nada, alegre estoy ahora, bendito sea Dios.» *Exultate cum tremore* (Ps., 2). Gozaos, pero con temor; tened humildad, gozaos con temor, templaos en alegría, mirad lo que hacéis, porque viene rato en que manda Dios matar al hijo. Dice Dios: «Mátame tu gozo.»

Iba el pobre viejo con su hijo de la mano para matarle y sacrificarle a Dios. ¡Oh Señor, que tanto has querido atribular las alegrías de este hombre, que le mandas que mate con sus mismas manos una cosa que tanto amaba! Si se lo mataran los hombres, andad, pasara; ¡pero Tú, Señor, que tanto alegraste aquella desconsolada vejez con el nacimiento de hijo tan amado, mandas ahora que le mate! Recia cosa es, Señor, por cierto, decir vuestra Majestad: *Mátame a tu hijo.* ¡Vos, que dais el gozo y la alegría en el linaje de Jesucristo nuestro Señor, dais este azote! El mismo que os dió el consuelo, el mismo que os dió la alegría, levantará dentro de vos gran tristeza y grandísimos trabajos, para que perdáis el gozo que Él os había dado; y el mismo que os dió el consuelo dirá: «Mátame tu gozo.»

¡Qué alegres iban los Apóstoles por el mar de Galilea en la navecilla cuando iba con ellos Jesucristo! ¡Qué contentos iban diciendo: «Con nosotros va Jesucristo, el mismo que crió el mar y los vientos, los cielos y la tierra; de esta manera, seguros vamos de que se mueva tempestad; pues va el Señor del mundo con nosotros, no hay de que temer!» Levántase un viento recio, y comienza a embravecer el mar, y levántanse las olas, y luego dieron voces a Cristo (*Mt.*, 8): *¡Señor, salvadnos, que perecemos!* ¡Ah, Señor, que perecemos, remediadnos! ¿No veis la tempestad, Señor? Comenzaron a temer.

¿Qué es eso, Apóstoles, tan presto os turbáis? ¡Cuán poquito duró el gozo que ahora poco ha teníades, el placer con que poco ha navegábades! Y lo que peor

es, que el mismo Cristo que con ellos iba en compañía (parecía a ellos que iban seguros de tempestad) les revolvió la tormenta, y Él es el que mandó a las tribulaciones que se levantasen. Y aun eso es porque hay tan pocos que os sirvan, Señor; piensan ellos que es gran descanso servirlos; entran con esta seguridad, van muy confiados y seguros que en vuestra compañía no se levantará la tormenta, y como les sale después al revés, dejan lo comenzado. Esta es la causa por que tenéis tan pocos amigos. ¡Qué gentil causa ésta! *Quia acceptus, eras Deo neccese fuit, ut tentatio probaret te*, dijo el ángel a Tobías (12). Porque eres agradable a Dios, porque eres amigo y siervo suyo, y tus servicios eran tan aceptos delante de su acatamiento, por eso fué cosa necesaria que la tentación te probase. Todo esto es que por ser uno siervo de Dios que por eso ha de ser tentado.

—¡Gentil favor parece ése! —Pues no lo tengáis en poco, que esto con los muy privados se hace. Cuánto de esto pasan los novicios diciendo: «Cuando yo estaba en el mundo no sentía nada de esto que ahora paso, ni aun sabía qué cosa era tentación. ¡Qué contento andaba, qué alegre! No sabía rato de pesar. Después que vine al monasterio, ¡qué de trabajos que paso! ¡Qué de tentaciones de carne y de soberbia! ¡Qué de importunidades me da el demonio para que deje lo que he comenzado! ¿Quién ha de sufrir esto?» No os espantéis, hermano, ¿qué pensáis? Eso quiere Dios; que matéis *el gozo* y el placer que tomasteis en el mundo; el alegría que traíades cuando vinisteis al monasterio, o los consuelos que habéis tenido después que vinisteis a él, quiere Dios que se los matéis. Dice Dios: *Daca el gozo, mátamelo*.

¿Sabéis cómo lo hace con el nombre? Como desposado que le muestra mucho amor su esposa, y él quiere probar si es verdadero o fingido aquel amor. Y no hace sino fingir que se va lejos tierra, y no sale del lugar donde vive; anda acechando en su ausencia, ver qué hace su esposa, si anda muy compuesta y riéndose, y de ventana en ventana, y de pasatiempo en pasatiempo; y si esto hace, luego ve que no le ama de corazón. Pero si no sale de casa, sino llorar, no se quiere vestir, sino como quiera, todo por la ausencia de su marido, luego ve su esposo que su esposa le ama.

Quando Dios está con el ánima, ¿qué mucho que no vaya a ver toros, juegos de cañas, ni justas, ni pasearse, ni ver pasatiempos ningunos? Es tanta la dulzura que recibe de la presencia de Dios, que no es de maravillar que desprecie cuanto hay en esta vida. No hay rufián ni mala mujer, que si le diese Dios a gustar un poquito de su dulzura, no diese a los diablos cuanto acá hay, y el deleite de la mala vida que traen, y se fuesen en pos de Dios, y en sabor y gusto de los deleites de Dios. Que si Dios te da consuelos, si te visita, si está presente de continuo, ¿qué mucho que andes muy diligente, y sirvas de buena gana, y le andes mirando a la cara para ver lo que quiere mandar? Entonces ¡pocas gracias que seas bueno! Cuando Dios está ausente, cuando tienes trabajos, entonces se ve el que lo ama verdaderamente; cuando te envía tristezas y tribulaciones, cuando te envía un trabajo tras otro, entonces es de ver la constancia de los que sirven. Dice Dios: «Esperadme, esconderme he un poquito, y veré qué tal es el amor de Fulano; veamos si anda tan diligente, si anda tan contento, si deja de servirme, si tiene cuidado de los pobres como lo hacía en mi presencia.»

Va el otro, en pareciéndole que está Dios ausente, en quitándole el consuelo, en dándole un poquito de tristeza, luego se quiere ir, ya piensa que Dios le ha dejado. Dice Dios: «¿Por tan pocas cosas desfallecéis? ¿Luego os queréis ir? ¡Poco amor me tenéis vos!» Esto hacen las ánimas flacas desamoradas, los que no se saben menear sino en presencia de Dios. Mas la buena ánima más fuerte anda cuando Dios está ausente, procurando de no hacer ni caer en vileza. Cuanto más apartada del socorro de Dios, más se encomienda a Él, y procura de ser fiel para cuando su Señor volviere.

#### 6.—No perdáis el parentesco con Cristo.

¡Ah, cuántas veces anda Isaac en los cuernos del toro! Muchas veces perdéis el gozo; y plegue a Dios no sea por pecado, que este es el negro mal; ahí está el negro trabajo. Eso me decid que es pérdida. Decidme: ¿Estáis en Cristo? ¿No sois del linaje espiritual de Cristo? Decid, ¿cuántas noches se os han pasado pensando en esto? ¿Qué os aprovecha tener mu-

cha hacienda? ¿Qué aprovechan riquezas, linaje, hermosura, andar tan pulido que todos se espantan de miraros? ¿Qué aprovecha que todo el mundo os honre y os tenga en mucho, si no sois del linaje espiritual de Jesucristo? ¿Estáis en Cristo o no? Unos habrá que sepan responder a esta pregunta; otros habrá que no sepan responder a ella. Unos habrá que si les preguntáis si están en Cristo os respondan que no. Todo aquel que está en pecado mortal no está en Cristo. ¡Desdichado de él y de la madre que lo parió! Maldito es el pan que come, maldita el agua que bebe, maldito el sueño que duerme y malditos los pasos que anda.

Y más me espanto poderte hallar sin Cristo, y hacerme a vivir sin Él, y decir a Dios: «Idos, que no os he menester; bien me hallo sin Vos.» Esto es de espantar. Pecar, si luego te arrepientes, no es mucho; no hay que decir, no es menester hablar en ello; mas después de haber pecado, hallarte a vivir sin Cristo, eso es mucho más de maravillar. ¿Qué haces sin Cristo? Di, ¿cómo puedes vivir sin Él? ¿Qué vida es la que vives sin Cristo? ¿Qué te aprovecha que todo el mundo sea tuyo, que te favorezca el rey, la tierra, los hombres y los demonios, si a la hora de tu muerte te toma [en] mal estado? Nada de eso te escapará de tormentos y fuegos que nunca se han de acabar, que han de durar mientras Dios fuere Dios que nunca dejará de serlo. Artículo es de fe, que si mueres en una mal querencia, si en un pecado de carne, o en otro cualquiera pecado mortal, que irás sin falta al infierno. ¡Desventurado de ti, si no estás en Cristo! ¿Adónde irás sin Cristo? ¿Por qué lo haces tan mal? ¿Por qué te echas a perder? ¿Por qué eres tan cruel para ti mismo, que te quieras a ti absolutamente echar en el infierno? No te aborrezcas tanto, no te vayas a perder tan a ojos cerrados.

¿Qué quiere decir haber Dios derramado su Sangre por ti, y que no te quieras aprovechar de este bien? ¿Por qué quieres que se pierda tan gran precio como le costaste? Ya que no tienes compasión de ti mismo, ya que eres tan cruel para contigo mismo, que así te quieras destruir, hazlo ahora por Jesucristo, porque no se hayan derramado en balde sus lágrimas, porque no se haya cansado en balde, porque no le hayan azotado en balde, pues todo lo pasó por ti, porque te aprovechases del precio de su Pasión,

para que tuvieses fuerza para vencer tus pasiones, para no ofenderle.

Otros habrá que responderán a la pregunta: «Padre, no soy yo de éstos; no siento en mí pecado mortal ninguno, ni quiero mal a nadie; pero no sé qué temo, no sé qué temores me dan en este corazón, no sé si estoy bien con Jesucristo. Padre, no os lo sabré decir.» Esa es otra duda. Hermano, guardaos de tibieza, por quien Dios es. ¡Oh carcoma, y cuántas ropas tienes comidas! En diciendo: «Pestilencia anda, gente muere», en teniendo la enfermedad, en diciéndoos: «Morir tenéis, infierno hay para malos», luego veréis el temblar. ¿Qué es esto? Si no fuésemos amigos de la tibieza no tendríamos temor; pero tenéis tibieza, habéis de tener temor. Procuremos tener diligencia en este camino de Jesucristo; y pues Él nos dijo que *venía a meter fuego en la tierra*, supliquémosle nos dé de este fuego divino para que abrasemos nuestros corazones; porque, como dijo San Juan (1 Jn., 4), *la perfecta caridad excluye y lanza fuera el temor y flaqueza*, para que así gocemos a Cristo en el cielo.

## TRATADO 4.º

### PRESENTACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

*Quid faciemus sorori nostrae in die quando alloquenda est?*

¿Qué haremos a nuestra hermana para el día que la han de hablar?

(Cant. 8.).

#### 1.—Introducción.

A las festividades de la sacratísima Virgen hemos de venir con corazones fervientes y muy agradecidos. Por eso dice San Buenaventura que los que hablan de nuestra Señora han de tener en sus palabras muy gran verdad y fervor: *Verdad*, porque la Virgen es enemiga de los mentirosos, y amiga de los verdaderos en sus palabras y obras. Esta Señora es la que engendró una Verdad que destruyó todas las herejías, y una luz que alumbró todas las tinieblas. *Fervor*, porque si a ésta que es verdaderamente nuestra no amamos, ¿a quién amaremos? San Bernardo dice: «No hay cosa que tanto me agrade como es hablar de esta Virgen bendita, ni que tanto me espante como considerar su grandeza.»

#### 2.—Causas de la Presentación.

Esta Señora que ahora está tan grande en los cielos, algún tiempo fué chiquita acá en la tierra; y verdaderamente será chiquita para los que de verdad fueren ahora chiquitos en sus ojos, y se humillaren y le pidieren gracia. *Soror nostra parvula est, et ubera non habet. Quid faciemus sorori nostrae in die quando alloquenda est?* (Cant., 8). Nuestra hermana es chi-

quita. ¿Qué haremos para el día que la han de hablar en persona de Patriarcas y de Profetas, y de todos los hombres? Ahora se dicen estas palabras: *Nuestra hermana es chiquita, ¿cómo la ataviaremos para el día que le han de hablar?*

Hoy celebra la Santa Madre Iglesia aquella Señora que en su cántico dijo: *Ha hecho el Poderoso en mi grandes cosas*. Celebramos la fiesta de su presentación; el día en el cual sus benditos padres San Joaquín y Santa Ana, siendo esta Señora niña de tres años, la presentaron al templo para que sirviese al Altísimo Dios en compañía de las doncellas que allí servían. Había una casa, incorporada con el templo, a modo de los monasterios de ahora; allí metían las doncellas principales para que sirviesen al Señor, y fuesen enseñadas en su conocimiento y temor. Era un santo Seminario, y después que tenían edad tomaban estado de casadas. La razón por que la presentaron fué, porque como ellos eran estériles, prometieron que si Dios les daba fruto, se lo ofrecerían a Él, guardándola en todo recogimiento hasta que tomase estado de casada. Presentáronla sus padres en el templo.

¿Para qué queréis, Señor, que entre de tres años, que esté encerrada, que no ande por las calles? —Porque los que han de recibir a Dios y tratar con Él no estén descuidados, sino que sepan que se han de aparejar con mucho cuidado para lo recibir. Para dar Dios la Ley a Moisés, y para decirla al pueblo, le manda Dios que tres días antes no lleguen a sus mujeres, y otros muchos apercebimientos de santidad; ¿cuánta más razón es que se apareje aquel que ha de recibir a Dios y tratar con Él? Decidme ahora: Si hubiésedes de echar un poco de bálsamo u otro licor muy excelente en un vaso, ¿no miraríades primero si está sucio el vaso o agujereado, para que no se perdiese aquello? Pues si para hacer esto, tanto examináis el vaso, para recibir a Dios, ¿qué será razón que hagáis?

¿Para qué entra la Niña en el monasterio? —Porque ha de venir día en que ha de recibir en sus entrañas a Dios. Día ha de venir en que lo ha de tratar con sus manos, y ha de ser Madre de Él. No quiere Dios que sus cosas preciadas estén a vista de todos. Y si la que estuviera segura en su casa, y en las calles y plazas, quiere Dios que la encierren, ¿qué hará a los que somos aparejados para caer?

¿Para qué la encerráis, Señor? —Para que sea ejemplo a hombres y mujeres; para dar a entender que si la que estaba segura quiso Dios que se quitase de inconvenientes, que necesario es que nosotros los huyamos.

¿Para qué la encerráis, Señor? —Para que *ha de venir un día que la han de hablar*, y hase de hacer la mayor obra de Dios cuando hablen a la Virgen; y para aquel día menester es gran aparejo. ¿Y para qué la atavían? Para el día de las bodas. ¡Entrad en hora buena, Señora!

### 3.—La Presentación.

Llévanla sus padres de tres años, y pusieronla en la postrera grada del altar, que tenía quince gradas por donde subían arriba; y subió con grande ligereza. Si subió por milagro o no, no se dice; piadosamente se puede creer que acaecieron tales cosas en esta Niña después que nació, que todos se maravillarían, y tendrían puestos sus ojos en ella y dirían: «¿Qué ha de ser de esta niña?» Porque de creer es que a la que crió Dios para Madre suya, siempre había de hacer grandes maravillas con ella. Sube, ofrécnla sus padres a Dios. ¡Entre mucho en hora buena! Ofrezcamos con ella nuestros corazones. La mejor ofrenda que nunca se ha ofrecido ni ofrecerá de pura criatura fué la Virgen. «De buena gana me la dais —dice Dios—, de buena gana la recibo.» Entra la Virgen en el monasterio, no entró llorando ni de mala gana, ni le pesaba por lo que dejaba, aunque era Niña; pero decía ella: «No vean mis ojos cosas de este mundo. Por amor de Vos esté mi boca cerrada; tenga yo silencio, pues os he de hablar a Vos; esté yo donde me manden todos, donde sirva a todos por amor de Vos.» De muy buena gana entra a servir a Dios.

Entrada en el monasterio, *¿qué haremos a nuestra hermana para el día que la han de hablar?* ¿Qué le pondremos para que se enamore Dios de ella? ¿Qué le haremos? *Si murus est, aedificemus super eum propugnacula argentea.* La misma palabra divina preguntando, responde y dice: *Si murus est, aedificemus*, etc. «Pues que es muro, edifiquemos sobre ella torres de plata.» ¿Cómo la llamáis *muro*? ¿Qué tiene que ver una Niña de tres años con muros? Los muros

son altos, anchos, duros y profundos, y más si son como los de la tierra de promisión, que decían aquellas espías que enviaron los hijos de Israel (*Deut.*, 3): *Tienen unas ciudades muy guarnecidas, unos muros hasta el cielo.* —Pues verdad dice Dios, que muro es; pues edifiquemos sobre ella cosas que la defiendan.

#### 4.—*Altura, profundidad, anchura y longitud de la Virgen.*

*Excelsior coelo, profundior inferno, longior terra, et latior mari* (*Job*, 11). Esta chiquita de que hablamos, más alta es que el cielo, más profunda que los abismos, más ancha que la tierra. Más *alta* que el cielo en lo espiritual. A lo *mejor* decimos *más alto* y grande. Entre todas cuantas cosas Dios crió, dejada la humanidad de Jesucristo, entre todas las criaturas puras no hay otra tan excelente, y así no tan *alta*; que aunque es chiquita, es más que los ángeles, más que los serafines. ¡Bendito seas, Señor, que de nuestra generación (1) nos diste esta Niña, más alta que el cielo! Si la queréis de pensamientos, altísima; si la queréis de fundamento, profunda; si tenéis buenos ojos, paraos a mirar esta Niña, humildísima en sus ojos. En esta Virgen no hay cosa más excelente que su humildad. Ella bien conocía las grandezas que Dios hacía con ella, pero no atribuía nada para sí, ni a sus fuerzas, del bien que tenía. No hubo criatura pura que tan de veras diese la honra a Dios, como esta Virgen. Mirad si tiene buenos fundamentos. ¿Fáltale anchura? Esta Virgen es muro de todo el mundo universo, y no solamente de éste que es poco, sino de todos los hombres. Mirad cuántos fueron y se murieron, y vinieron otros y otros. Finalmente, de Eva somos todos hijos según la carne, y de la Virgen según el espíritu. Afecto de madre, corazón de defensora tiene esta Niña para todos los hombres; mirad si ha menester ser larga para ser madre de tantos hijos. Niña, ¿de dónde tenéis vos manto para cubrirnos a todos? ¿De dónde alas para para abrigar tantos pollitos? ¡Más ancha es que la tierra! Caben en ella justos y pecadores; los pecadores son perdonados por los ruegos de ella, y los justos conservados en gracia; [cabel]

(1) *De nuestra generación*: de nuestro linaje.

quien no cabe en el cielo, más ancho que la tierra, y cielo y ángeles; que pues Dios entró en ella y cupo en ella, ¿no cabrás tú, pecador? *Sancta et immaculata virginitas, quibus te laudibus efferam nescio, quia quem coeli capere non poterant, tuo gremio contulisti.* El que no cabe en los cielos, en tus entrañas se encerró; bien cabrás, pecador, en las entrañas de la Virgen.

Bendito sea Dios, que tal Niña nos dió en muro, como dijo Jeremías (1, 18): *Yo te he dado hoy en columna de hierro y muro de metal.* Muro es, pero no es del que dice Dios que son muros fáciles, muros de vidrio. ¿Quién son éstos? ¡Plegue a Dios que no sea éste que os habla! Sacerdotes, Profetas, hombres recogidos, gran queja tengo de vosotros (*Ezeq.*, 15): *Quia non opposuistis vos murum* por la casa de Israel, para que estuviédeses *en el día de la batalla del Señor.* ¡Cosa brava! «Ando—dice Dios—buscando un hombre que se ponga entre Mí y los hombres, para que, si los quisiere castigar, esté de su parte; y porque no lo hallé, *effudi indignationem meam.*» ¿Cuándo es *el día de la batalla del Señor?* Cuando suben nuestros grandes pecados delante de su justicia. Quiere Dios que cuando está enojado con el pueblo, que sus sacerdotes le vayan a la mano, porque no derrame su enojo (2). Quéjase Dios que busca quien le vaya a la mano, y entre tantos, no halló uno. Esos son los muros de vidrio, éstos son los que no tienen justicia para nosotros: y si para defendernos nosotros no la tenemos, ¿cómo la tendremos para los otros? ¿Cómo seremos poderosos para quitar el enojo de Dios contra su pueblo?

##### 5.—*Armas de la Virgen para luchar con Dios.*

No es la Virgen de esos muros quebradizos, ni de los que no pueden sufrir un golpe por la caridad de los prójimos. Niña fortísima, criada y endurecida en trabajos, buena es para muro. ¿Qué armas le pondremos para que pelee con el Señor, para que lo venza? ¡No-rabuena entre la Niña en el colegio de doncellas! ¿Qué lleváis, Señora? Gran negocio lleváis, pelear con Dios, y que se amanse con los hombres; el Señor os dé armas. ¿Qué armas lleváis? ¿Son riquezas? No, que todas las dejó; y cuando grande, con sus manos tra-

(2) Véase Plática 2.ª a Sacerdotes, t. I, pág. 388.

bajaba para comer. ¿Pues qué lleváis? ¿Hermosura? Sabía ella que dice el Sabio (*Prov.*, 31) *que es engañadora la gracia y vana la hermosura*. Que no es nada de eso. ¿Pues qué lleváis para vencer? Dígalo Él (*Cant.*, 4): *Vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum, et in uno crine colli tui*. Has llagado mi corazón con uno de tus ojos, y con un cabello de tu cabeza. Su gran amor, su gran obediencia y virtudes herían al Señor. Los días de nuestra Señora habíamos de confesarnos y comulgarnos, y dar muchas alabanzas a nuestra Señora, en señal que en estos días nos hace Dios mercedes por sus ruegos. ¿No creéis que a los que se aparejaren estos días les hará Dios grandes mercedes pues que tanto ama a esta bendita Señora Virgen?

¿Qué le pondremos a la Niña? ¿Qué armas le daremos para que pelee con Dios, y aun para que lo venza? *Herido has mi corazón, esposa mía, con uno de tus ojos, y con un cabello de tu cabeza*. ¡Bendito seáis Vos, Señor! ¿Tan tierno sois, que con miraros os hieren, y tan flaco que con un cabello os atan? ¿Qué nos queréis decir, Señor, sino que tenéis los brazos y el corazón aparejados para recibirnos? ¿Qué cosa más tierna, que con mirarlo es herido? Veis aquí las armas con que pelea la Virgen. ¿Qué será este ojo, no dos? *Inclina tu oreja*, dice Dios (*Ps.*, 44). No dos orejas; no es más de una. *Unum est necessarium*, un amor, una intención no mezclada. Este es el ojo de que en otra parte (*Mt.*, 6) dijo el Señor: *Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo será resplandeciente*. ¡Ay dolor, cuán lejos estaba el corazón de la Niña que le dijiesen (*Isa.*, 1): *Tu vino se ha mezclado con agua, y tu oro se ha vuelto en escoria!* El vino de la Virgen, su intención es; ojo no toreido, no mezclado. No quería ella que se hiciese su voluntad, sino la de Dios. «Cúmplase vuestra voluntad; no [se haga] cuenta de mí, sino de Vos; vea yo vuestra voluntad cumplida.» Ama la Virgen a Dios, y a Sí por Dios, y el provecho de los hombres. Este era el ojo de la Virgen, ojo claro; quien a Dios ama, amará al prójimo bien. *Herido de has con uno de tus ojos*. No hay cosa con que más aina se alcance Dios que con amor; no sabe Dios defenderse del corazón que le ama; porque no quiere. No hay ballesta que tan presto hiera. ¡Niña y tanto amor! Cristo dice: *Adonde está tu tesoro, ahí está tu corazón*. Si el ojo es derecho, el cabello no es más de uno; porque si la intención es derecha a Dios, no

hay más de un pensamiento; todo se emplea en Dios. ¿Qué tal es tu tesoro? Tesoro de lodo y de carbones, si lo has puesto en la tierra, carne y vanidad, o en el viento de la honra, ¡ruin tesoro! *Donde está lo que amas, allí está tu corazón.*

¿Qué haré, Padre, que me siento a rezar, y estoy seco como un palo sin devoción? —Hermano, mirad que a lo que amáis se va vuestro corazón; poned vuestro tesoro en el cielo, y vuestro corazón se irá tras lo que amáis. Si el amor está enredado, ¿cómo tendréis el espíritu recogido?

¡La Niña, un amor! ¡Quién te viera cantar los Salmos con mayor espíritu que el mismo David que los compuso (*Ps.*, 72): *Quid mihi est in coelo?! ¿Qué tengo yo, Señor, en el cielo; y de Ti, qué quiero sobre la tierra? ¡Dios es mi ración!* Una cosa quiere Dios, que *mi ración* sea de amor puro; y porque no tenía más de un Dios, no tenía más de un amor. En Dios pensaba cuando comía y cuando hablaba, dondequiera que anduviese siempre andaba pensando en Dios. De la cual los ángeles admirados, decían (*Cant.*, 8): *Quae est ista, quae ascendit de deserto?* Señor, vergüenza me cae de decir estas palabras; mas quítese esta vergüenza con ver que ésta que tan bien oraba es carne de nuestra carne. *¿Quién es ésta que sube del desierto como varita de humo?* ¿Qué tal sería la oración de la Virgen, pues se maravillan los ángeles? *¿Quién es ésta que sube como humo?* Humo, no de leña verde, ni que hace llorar como el de las nuestras; que pedimos venganza de nuestros enemigos y cosas de tierra; ése es humo que hace llorar; no es vara que sube arriba, sino como es tierra, en la tierra se queda.

¿Pues qué tal es la de la Virgen? (*Cant.*, 3): *Ex aromatibus myrrhae.* Humo de incienso, de menjuí, y de estoraque, y de odorífera poma; tales eran los pensamientos de la Virgen. San Bernardo: «Algunos tienen acto de oración, y no vida de hombres que oran.» De todo polvo que huela bien ha de ser la oración buena; acompañada de buenas obras de caridad, de ayunos y de disciplinas. Porque ¿qué aprovecha un rato llorar, si lo demás es hablar? ¿Qué aprovecha que tengas un rato de oración de noche, si el día lo gastas en risas y vanidades? Esa vida no es de hombre que ora, porque el que verdaderamente ha de orar, hase de guardar todo el día no ofenda a Dios, y ha

de andar siempre pidiendo a Dios nuestro Señor: «¡Dadme más de vuestro conocimiento!» Porque ¿cuándo seréis rico, si no juntáis la blanca de hoy con la de mañana y de ayer, y la guardáis muy bien?

De aquí nace aprovechar tan poco los hombres en el espíritu en tanto tiempo. Y el mismo San Bernardo dice: «Más gente hallarás que de mala se torne a buena, que de buena en mejor.» Parécenos que estamos seguros con no cometer pecados mortales; despiértanos Dios para que le sirvamos, y no ha acabado de despertarnos, cuando nos tornamos a dormir y caer en nuestras flojedades. Oración tenía la Virgen, y vida conforme a ella, porque la que sale de corazón descuidado, abajo se va. Pues tiene la Virgen su pensamiento tan recogido, buena es para pelear, pues tiene armas para vencer a Dios; ahora entremos en la pelea.

#### 6.—*La Virgen lucha con Dios en la oración.*

Quien quisiere ver justas y correr toros, véalo en buena hora. Quien quisiere ver grandes escuadrones de gente y derramar sangre, véalo; no parezca bien otra cosa a mis ojos sino aquella guerra: ver una Niña de tres años, de una parte, una doncella encerrada; y de otra, Dios. ¡Oh juego tan bienaventurado, y quién viera la Niña luchar con Dios, harto mejor que el Patriarca Jacob! (*Gen.*, 32). Mas éste no luchó más de una noche y con un ángel; pero hizolo cuerdamente, que para haber de luchar echó a sus mujeres, y pastores y ganado y bestias por delante; hizolos pasar el río, y él quedóse solo de la otra parte, aparejado para bien luchar. ¿Queréis vos bien orar? Echad delante de vos todo lo que os impide; decid a todos los negocios: Apartaos de mí, que voy a negociar con Dios. Y si es desacato a un rey o señor estando hablando con él volveros a otras cosas, ¿qué será estando hablando con Dios, andar con los pensamientos acá y acullá? Jacob una noche sola, y solo, luchó; luchó la Virgen, más recogido el corazón. Aparejado luchó Jacob, pero más aparejada la Virgen. Y así dice el Esposo (*Cant.*, 4): *Hortus conclusus. Huerto cerrado, esposa mía, amiga mía, huerto encerrado*; cerrado el cuerpo en el monasterio, encerrados los ojos y orejas, y encerrados los pensamientos dentro de sí.

¡Quién viera la Niña levantarse de noche a obscu-

ras, y sentarse a un rinconcito, y comenzar con su corazón a combatir a Dios! (*Ex.*, 34): *Domine, si inveni gratiam in oculis tuis, dimitte eis.* Sí, que Moisés así oraba; ¿pero qué va de oración a oración? Buena la de Moisés, mejor la de la Virgen. *Señor, si hallé gracia delante de Ti*, haz esta misericordia con los hombres, remedia las almas que están perdidas. *Venga, Señor, el Cordero*, venga el *Deseado de las gentes*. Remédianos, Señor; venga el agua que impregna la tierra. Rogaba la Virgen al Señor que enviase a su Hijo para ser sierva de la que fuese su Madre; quería ella ser sierva, y era la Madre. ¡Quién viera qué respuesta le daba Dios!

Gusanillo eres, hormiga eres que andas por la tierra, y está la Virgen rogando por ti en el cielo: «Señor, misericordia para aquel que me llamó, y perdón para aquel que se encomendó a mí.»

¿No veis que éste ha hecho tal pecado y merece castigo? Ese es el golpe, no merece ese hombre misericordia. Esos son los golpes que la justicia de Dios da a quien se pone a rogar por otro.

¡Quién os viera replicar! ¿Qué réplica tenéis? «Señor, ¿vengo yo delante de Vos a alegar de justicia, o a pedir misericordia? Bien veo que merece castigo; mas pidoos yo misericordia, Señor: o *borradme del libro de la vida*, o *perdonad* a éste.» Si tuvo caridad Moisés para pedir esto a Dios, ¿no la tendrá la Virgen? «Venga la maldición de la pena sobre mí, y sobre ellos vuestra bendición; yo os ofrezco mi vida y salud; castigadme a mí y perdonad a ellos; yo os ofrezco mi honra: tratadme como quisiéredes, y sed piadoso a estas piadosas entrañas.» ¿No creeré yo esto de vuestras entrañas, pues las tenéis más piadosas que las de Moisés, y pedía él esto a Dios? ¿No creeré yo, Señora, que te apiadarás de los pecadores, que te crió Dios para ellos? Mil veces ofrecía la Virgen su vida por los hombres. Si anduviésemos con la boca por el suelo por amor de ella, era poco; si la amásemos y derramásemos sangre, y perdiésemos la vida por ella, era poco. ¿Qué ofrecéis, Señora, por los hombres? ¿Vuestra Vida? Poco es: otra vida ofreció ella, que amaba mucho más que la suya. ¡Dente gracias los hombres! Sabía ella que la voluntad de Dios para que el mundo se remediase era que muriese el Hijo. «¡Que muera mi Hijo, pues que Vos, Padre, lo queréis!» ¿Qué sentirías con dolor de Madre? «Hágase,

Señor, vuestra voluntad.» ¡Qué te debemos! Quien supiere estimar qué tanto amaba la Virgen a Jesucristo, éste sabrá estimar cuánto la debemos.

Así oraba la Virgen al Señor: «Señor, si el mundo merece castigo, venga sobre mí, y haced en ellos misericordia.» San Bernardo dice: *Tepida est omnis oratio, quam non praecedat inspiratio*. Testigos hartos habrá de esto aquí; fría es toda oración cuando no la mueve inspiración del Espíritu Santo; órase friamente cuando no viene primero el soplo del Espíritu Santo. San Pablo (*Rom.*, 8, 26): *El Espíritu pide por nosotros con gemidos que no se pueden contar*. Y otra vez San Pablo: *El Espíritu Santo, que está dentro de nosotros, nos enseña a orar*. Hácenos reventar el corazón, que muchas veces no sabe el hombre por qué llora; *pide el Espíritu Santo con gemidos que no se pueden contar*, ni el mismo que los da los entiende. No se os dé nada que no los entendáis, que aquel Dios que os los inspira los entiende, y hace que pidáis conforme a lo que Él quiere. ¡Qué tales serían, Virgen, vuestras oraciones, pues eran movidas por el Espíritu Santo!

Pues si el mismo Dios la enseñaba a orar, claro está que oiría las oraciones de la Virgen. Alcanzó con Dios más que Jacob, más que Moisés. ¿Qué pide Moisés a Dios? Señor, que tengáis las manos quedas; que no castigéis este pueblo. En fin, por aquel tiempo ató las manos a Dios para que no castigase a su pueblo, y la Virgen átales las manos con sus oraciones para que aparte su ira y enojo de los hombres. Un hombre santo ¡qué alcanza de Dios! Si quiere quitar la hambre del mundo, dícele: «Señor, suplícoos no enviéis hambre al mundo por vuestra misericordia. Aquel que está con dolores, quitádselos, Señor, quitadle aquellas penas.» Señora, ¿qué alcanzaréis vos? «¡Señor, que quitéis los dolores!» Alcanza que reciba Él penas y dolores por los hombres. A la prisa de las oraciones de la Virgen responde Dios. Tráelo de los cielos a la tierra, entra en su vientre, ármale de unas armas y carne tan delicada, que le fatiga la hambre y la sed y el cansancio, y le punzan las espinas, dándole cinco mil y tantos azotes; ¡y Él, que tenga las manos quedas y que calle, y le hinchan de dolores y que diga Él al Padre (*Lc.*, 23): *Perdónalos, Señor!* ¿Quién puede alcanzar delante de Dios negocio tan grande? Mediante las oraciones de la Virgen. Dice Dios (*Mt.*, 15): *Mujer, grande es tu fe; hágase como tú quieres.*

*Si contra Deum fortis fuisti, quanto magis contra homines? (Gen., 23).* Iba Jacob medroso de su hermano Esaú. Jacob, habéis luchado con el Señor, fuerte contra Dios, ¿cuánto más lo seréis contra vuestro hermano? Virgen, ¿quién se pondrá delante de tu poder? ¿A quién no vencerás, pues a Dios has vencido? De ahí nace que los demonios tiemblan de la Virgen, huyendo de Ella en nombrándola; es espantable su nombre contra ellos. El perseguido del demonio recurra a la Virgen con fe, que luego será librado de él. Uno de los principales remedios contra el demonio es recurrir a la Virgen.

### 7.—Humildad de la Virgen.

¿Qué os espantáis que estando con aquellas doncellas las prevaleciese a todas, y se enseñorease de ellas? La que tales lágrimas derramaba, ¿qué conversación os parece que tendrá? ¿Qué alegría mostrará en el rostro, que aun acá un hombre cuando sale de la oración en la cara se lo veréis? Esposas de Cristo, devotas de la Virgen, ninguno vió a la Virgen enojada. Y aunque no mostrase el enojo en la cara, no entendáis que se iba al rincón a enojar, que aunque disimulaba por de fuera, tenía enojo en su corazón. *Aprended de Mí—dice el Señor (Mt., 11)—que soy manso y humilde de corazón.* Tal lo tenía la Virgen, mansa, blanda con todos, buscar el lugar postrero; ¡no sería Abadesa! Dios nos dé su gracia para que entendamos esto.

Ruegan el Hijo que sea rey, no quiere y vase huyendo; no le hallaron. ¿Por qué no queréis ser rey? ¿Podrán os por ventura engañar, o torceréis la justicia? ¿Por qué no queréis? ¿Caeréis por ventura en pecado? No. ¿Pues por qué huís de la cosa tan segura? Huye el Señor de las dignidades para darnos a entender que si el que estaba tan seguro huyó, que el malaventurado gusano huya de las ocasiones. El enfermo que hiciere del sano: «No me hará mal el sol ni el aire; bien puedo comer de lo que quisiere, que ya estoy bueno»; el enfermo que se quiere tratar como sano, presto tornará a caer, y la experiencia le dará a entender cómo era enfermo, y no sano. *Juicio durísimo—dice Dios (Sab., 6)—será hecho a los que tienen mando, cuanto más si se dan dineros por ello.*

—Vended[me] vuestro Regimiento, vuestra Veinticuatría (3).

—¡Loco! ¿dónde están tus ojos? Ves una motica en tu viña y en tu olivar, tienes tanta cuenta en tus dineros, y en tu salud tienes tanta vigilancia que andas mirando: «Esto me dañará, estotro me aprovechará», aun en las cosas muy livianas; ¿y en lo que toca a tu ánima tanto descuido? ¡Ves una motica, y no ves un monte muy grande! Lastimera cosa es ver unos hombres tan astutos, que en cosas hay que bastan a partir un cabello, y tan necios en lo que tanto les va. ¿Qué cosa hay más necia que decir: «Tomad dineros porque me juzgue Dios con juicio duro»? Porque ¿qué es decir: «Vendedme vuestra Veinticuatría», sino en buen romance: «Toma mil ducados porque me deis con que vaya al infierno»? ¿No te contentas, ¡triste de ti!, con juicio *duro*, sino que a tu costa quieres comprar *juicio durísimo* porque tomas oficio que no mereces?

La Virgen, persecuciones pasó: pero léese de Ella que estaba alegre en las persecuciones. Una Virgen con tanta lumbré en el entendimiento, tanta fuerza en la voluntad, tanta humildad, ¿qué mal os estuviera, Virgen, que en este mundo os mostráredes, pues que tan segura estábades de caer? Llegaos que haga milagro. Hacen milagros Santos que están tan lejos de la Virgen como el cielo de la tierra: ¿por los Santos chiquitos tantos milagros, por vuestra Madre no? Sospecho que se echaba la Virgen a los pies de su Hijo, porque en esta vida no hiciese nada (4) por ella, por la grandeza de la humildad que tenía. Rogaba Ella esto a su Hijo: «No me conozcan, no haga cosa que suene a gloria ni honra.» Bien conocíais vos nuestra flaqueza, que somos amigos de nuestro daño, de lugares altos. «Dejadme que tengo de ser dechado de mucha gente que después de mí han de venir; tengo de ser dechado de casadas, viudas y doncellas, para darles ejemplo que amen el lugar postrero; aunque lo pudiera hacer a mi salvo, no quiero.» ¡La humildad de la Virgen, *la esclava del Señor!* Y así creo que la pri-

---

(3) *Regimiento*: cargo de regidor. *Veinticuatría*: cargo de concejal, llamado así porque eran en número de veinticuatro.

(4) *Nada*: ningún milagro.

mera sería en obedecer, y que tomaría la escoba para barrer, y siempre haría los oficios más bajos.

¡Oh, quién viera a esta Virgen cómo trataba a aquellas que tenía en su compañía? ¿Qué doncella se llegó a esta doncella que fuese desconsolada? Cuando alguna estaba desconsolada y se venía a Ella, ¿cómo rogaba a Dios? «¡Señor, remedio! No venga a mí esta desconsolada en balde.» ¿Quién se llegó a ti, que no le fuese bien de ello? No es mucho que fuese fuerte para los hombres la que lo fué con Dios, y así creo que tenía presos los corazones de todos.

### 8.—Devoción a nuestra Señora.

Sacada del monasterio, cásanla; casada, virgen vivió todos sus días. ¿Creéis que cuando vivía en el monasterio de las vírgenes la querrian bien? ¿Creéis que alcanzaba mercedes de Dios para ellas? De creer es, pues que estando tan lejos de nosotros, hay tantos que la quieren bien. Pregúntoos que me digáis, ¿cuántos corazones de cristianos hay ahora que pasarían muerte por la honra de la Virgen? ¡Esto es verdad! ¿Qué es eso? ¿Cómo queremos tanto a la Virgen? ¿Cómo hay tanta gente que la ama y que tiene a María escrita en su corazón? Señora, si pudieron tus virtudes prender el corazón de Dios, ¡qué mucho que prendan el de los hombres! Tu cuello torre es (*Cant.*, 4): *Turris David, mille clypei pendent ex ea, omnis armatura fortium.* ¿Quién es la cabeza? Cristo. ¿Quién es el cuerpo? La Iglesia. ¿El cuello, quién? La que traba con sus oraciones el cuerpo con la cabeza, medianera entre Dios y los hombres, más alta que nadie; y cerca de Dios en bondad y alteza, y cerca de nosotros por misericordia; más alta que nadie, pero más baja que todos en sus ojos. El cuello de la Virgen torre es (*Cant.*, 7): *Collum tuum sicut turris eburnea.* En este cuello *mil escudos penden*, donde se arman los fuertes, y a ella se acogen los flacos.

¡Qué cosa, y cosa! ¡Cuántas doncellas ha habido que les rogaba el mundo con casamientos ricos y estados, y prevaleció tanto en ellas el amor de la Virgen, que lo desecharon todo y dijeron: «Por amor de la Virgen yo prometo a Dios y a Ella virginidad!» (*Ps.*, 44): *Adducentur Regi virgines post eam.* ¡En hora buena Ella fué Virgen, y en hora buena entró en el

monasterio! *Serán traídas al Rey muchas vírgenes después de Ella*, por amor de Ella, por querer seguir su virginidad. Quien tiene guerra con su carne, sepa que en ella *se arman los fuertes*, y vénzala con el amor de la Virgen.

Si sois flacos para ayunar sus vigiliás, que os hagáis fuerza. ¡Cuántos mártires por el esfuerzo de esta mártir fueron mártires, acordándose del sufrimiento que ella tuvo ante la Cruz, y decían: «Quiero tener paciencia en mi trabajo, pues que esta Virgen tanta tuvo en los suyos»! ¡Cuántas madres se consolaron en la pérdida de sus hijos, acordándose del Hijo que esta Virgen vió morir ante sus ojos! ¡Y cuántos pobres se consolaron en su pobreza y trabajos! ¡Cuántos perdonaron sus injurias porque la Virgen perdonó a quien mataba a su Hijo! Para sufrir y perdonar y ser vírgenes hay ejemplo en la Virgen.

Señora, ¿y los flacos no hallaremos algún remedio en vos para nuestra flaqueza? Si la carne te tienta, llama a María. ¡Bendito sea Dios! ¿No habéis mirado esta maravilla; un hombre y una mujer, que tienen tal virtud, que mientras más los amáis, sois más casto? ¿Quién pegó castidad en el corazón de un hombre, amando mucho a una mujer? Pues veis aquí una Virgen que, mientras más un hombre se enamora de ella, será más casto. Dió Dios una carne a Jesucristo y a la Virgen (que toda es una) virginal, que basta para santificar otras carnes. La mujer que se enamora de Jesucristo, que sucia la de Adán; y si bien la remás de Él se enamorare, más casta.

Unico remedio contra las tentaciones de la carne, recibir con limpieza el Cuerpo de Jesucristo. Decirme habéis: los flacos, y personas que reciben mucho al Señor, ¿por qué no son castos? Porque no reciben bien el Cuerpo de Jesucristo; porque si bien lo recibiesen no dejarían de tener limpieza. De Adán nos vino la suciedad de su carne; pues más limpia es la carne de Jesucristo, que sucia la de Adán; y si bien la recibiésemos, más nos limpiaría que nos ensució la otra, sino que la recibamos mal.

¿Qué haré, que soy tentado de la carne? —Ten a la Virgen por abogada, que huele a incienso muy bien. que *en las plazas derramó su olor* (Cant., 1). La Virgen huele a mirra que mata los gusanos; que es significada por la castidad, que mata los gusanos de la suciedad; porque si fueres devoto de Ella, sentirás

deshacerse las tentaciones, *como la cera delante del fuego* (Ps., 67, 3). Llama a la Virgen y dile: «Señora, porque os hago servicio, yo pelearé con amor contra amor; contra el amor de mi mala carne, con el vuestro.»

Y la Virgen tiene armas para flacos y tentados de desesperación. San Bernardo: «En todas tus necesidades y trabajos llama a María, que si contra Dios pudo, ¿no podrá contra tus enemigos? Y si caminas por el mar tempestuoso de este mundo, mira al norte, mira a María; aquel solo no la llame, que la llamó en sus necesidades de todo corazón, y no le socorrió.»

¿Pensáis que es ser devotos de la Virgen, cuando nombran a María, quitaros el bonete no más? Más hondas raíces ha de tener su devoción, que así dices de esta Señora (*Eccli.*, 24): *In electis meis mitte raíces*; ¿qué raíces? Una gran devoción de corazón con la Virgen; y quien ésta no tiene, no descansa hasta que la halle. Una de las señales de los que se han de salvar es tener gran devoción a la Virgen. *En mis escogidos*, Madre, *echa raíces*. ¿Cómo alcanzaré esta devoción? ¿Cómo sus padres que eran tan estériles, la alcanzaron a Ella de Dios? Tan estéril es vuestro corazón, como sus padres lo eran para alcanzar tal Hija. ¿Pues cómo la hubieron? Con ayunos y lágrimas, y oraciones, y guardando muy bien la Ley de Dios; y en pago de esto les dió Dios a María. ¿Qué haré para tener devoción con la Virgen? ¿No le tenéis devoción? Harto mal tenéis; harto bien os falta; más querría estar sin pellejo, que sin devoción de María. *En mis escogidos echa raíces*.

¿Qué haré para alcanzar eso? Que deis limosnas. Que cuando veis una hija de vuestro vecino, que por necesidad se ha de perder, que digáis: «Quiero meter esta doncella monja o casarla por amor de la Virgen. Quiero ayunarle los sábados, sus vigiliass, a pan y agua, o como pudiéredes; quiero rezar este Rosario por su amor. Que tal es el amor de esta Señora, que aunque derramáis la sangre, es bien empleado por Ella.»

### 9.—La Virgen, medianera.

Ten delante del Padre a su Hijo, y delante del Hijo a su Madre. Ofrece el Hijo al Padre, y di: «Señor, ofrézcoos lo que me disteis; por sus llagas habed, Se-

ñor, compasión de mí.» Si tuvieres devoción en aquellas llagas, y la ofrecieres a su Padre con fe que te ha de oír, gran bien tienes. Porque si no te aprovechares de Jesucristo y de sus trabajos, contárseos ha a gran ingratitud; que los beneficios hechos a los desagradecidos, por perdidos se cuentan. Dios murió por ti, y no lo sientes, y no te aprovechas de ello; tanto es de tu parte como si no muriera; antes será para gran daño tuyo, que te serán demandados sus trabajos muy terriblemente; sino decir: «Padre, mucho te debo, por tu Hijo me haz esta merced.»

Así como el Padre nos dió grandísimo don en darnos a su bendito Hijo para nuestro remedio, así también el Hijo nos dió gran don en darnos a su bendita Madre por abogada nuestra. Sí, que cuando Él dijo a San Juan al pie de la cruz (*Jn.*, 19): *Ve ahí a tu Madre*, en nombre de todos dijo; allí entramos todos los cristianos. Danos Dios a su Madre por Madre; agradezcámoselo, y agradézcanselo los ángeles. Si esto hiciéredes, si pusiéredes al Hijo delante del Padre, y a la Madre delante del Hijo, gran señal tenéis de salvación.

¿Qué haré por la Virgen? Muchos bienes me ha dado Dios por Ella; ¿qué haré por Ella? ¿Acuérdaseos de aquellas bodas cuando faltó el vino, que dijo la Virgen a su Hijo: «Hijo, *no tienen vino*, compasión tengo de ellos?» Díjole nuestro Redentor: *Mujer, ¿qué tengo que ver contigo?* — ¡Bien lo entiendo! — ¡Vase a los que servían las bodas (*Jn.*, 2): *Quodcunque dixerit vobis, facite.* «Todo lo que os dijere mi Hijo hacedlo.» ¡Qué breve sermón, mas muy compendioso! Aquí predicó tanto como Isaías, San Pablo y San Lucas, y todos los Apóstoles y Profetas: *Nunc, filii, audite me* (*Prov.*, 8). Oídme lo que os quiero decir; quizá de la boca de la Madre se imprimirá en vuestros corazones: «*Todo lo que mi Hijo os dijere hacedlo*», y así el mayor servicio que le podéis hacer, es hacer lo que manda su Hijo. «Señora, por vuestro amor perdono esta injuria.» ¿Tenéis amor malo a mujer? «Quiero apartarme de ella por vos. Quiero callar, silencio quiero tener por amor de vos; aquello que más me duele hacerlo o dejarlo de hacer, ofrecerlo por la Virgen.» Que quererla bien y no imitarla poco aprovecha. Imitémosla en la humildad y en las demás virtudes; porque Ella es el dechado de quien hemos de sacarlas; y haciendo esto nos alcanzará gracia y después gloria.

## TRATADO 5.º

### VISITACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

*Verba Sapientium, quasi  
clavi in altum defixi.*

Las palabras de los sabios,  
como clavos hincados en alto.

(*Eccl.*, 12, 11.)

#### 1.—*Salutación.*

Cosa es de maravillarse que siendo las palabras cosa de tan poco tomo y tan livianas, pues son aire herido, tengan tanto tomo, que sean clavos y muy hincados. Livianas en substancia, mas de tomo son en el mal que hacen si son malas, o en el bien si son buenas. *Ex verbis tuis justificaveris*, etc. (*Mt.*, 12, 37). *Vita et mors in manibus lingue* (*Prov.*, 18, 21). Veces hay que se pierde una casa, pueblo o ciudad por una lengua mala; y con la lengua mala podéis quitar a uno la hacienda, honra y vida; y sobre todo, ¡ay de aquel que quita a su prójimo a Dios con mal consejo y persuasión!

No son vuestras palabras, Virgen, de esa manera, sino *Verba sapientis*. Palabras de la Virgen trajeron a Dios para Ella cuando por el *Ecce ancilla* encarnó Dios en Ella; y por sus palabras vino Dios a nosotros. Si no, mirad en la Visitación de Elisabeth, que hablando Ella, recibió el niño aceleración de libre albedrío, y recibió la gracia, ¡como quien no dice nada! Entonces conoció a Cristo, y se gozó, y lo adoró, y recibió la gracia, y fué limpio del pecado original; que cuando del vientre salió, santo salió, y por eso se celebra su nacimiento; y así son suyas aquellas palabras (*Isa.*, 49): *Ab utero vocabit me, et de ventre matris mee recordatus est nominis mei*. ¿Cuál es

vuestro nombré? *Joannes, gratia*, y ésa se le dió por la habla de la Virgen.

Si tan provechosas y fuertes son vuestras palabras, Señora, que con ellas se da gracia, *recordare Virgo mater, cum steteris ante Deum, ut loquaris pro nobis bona, et avertas indignationem suam a nobis*. Si, estando en la tierra, descende el Espíritu Santo en el niño hablando la Virgen, mucho mejor descenderá rogándoselo Ella desde el cielo do está. Si el gran pregonero de Cristo, San Juan, primero que salga a predicar toma la bendición y salutación de la Virgen, ¿cómo osaré yo enseñar, si no habla Ella por nosotros en el cielo? Eliseo, aunque Profeta, no se siente devoto para profetizar, si no le traen uno que le cante (4 *Reg.*, 3), ¿cómo yo predicaré si no oigo esta gran cantora, que cantó el suavísimo canto de la *Magnificat*? Visitadnos, Señora, con vuestra intercesión; hablad por nos a Dios, para que yo hable bien de Dios, y los hombres oigan y sean alumbrados por merced vuestra.

## 2.—*María, la más parecida a Cristo.*

El ejemplo de todos los hombres que se han salvado y salvarán, Cristo es, y así se llamó Él (*Jn.*, 8): *lux mundi*, y por consiguiente, sol. Y cuanto uno está más cercano a Él en santidad, tanto más participa de su luz, y tanto más claro nos enseña el camino para Dios. Y como entre todos los cercanos a Él, ninguno haya tanto como su Madre, nadie como Ella nos enseña las virtudes con que le hemos de agradar. Y quien bien mirare la vida de la Virgen, verá en Ella una grandísima semejanza de la de su Hijo nuestro Señor: porque convenía que así como ningún parentesco hay tan cercano como entre madre e hijo, y se suelen parecer mucho en el rostro, y particularmente fué esto entre nuestra Señora y su Hijo, así convino que en lo espiritual ningún parentesco ni semejanza hubiese tan grande entre hombre y Cristo, ni entre ángeles y Cristo, como entre esta Madre y su Hijo: *Multae filiae congregaverunt sibi divitias: tu supergressa es universas* (*Prov.*, 31); y estas hijas son todas las hijas de la Iglesia no sólo desde el principio del mundo hasta el fin en la tierra, mas todas las hijas de la Iglesia del cielo, que es una con la

de la tierra, y tiene una cabeza, que es Cristo (1 Cor., 11). Señora la llaman en el cielo, y ventaja le conocen aun los serafines en el amor y en la gracia. Ninguna conjunción con Dios tan grande después de la unión personal, como ser Madre; y ninguna conjunción tan grande en la gracia como entre esta Madre y su benditísimo Hijo. Que aquel *Benedicta tu in mulieribus* (Lc., 1) que le dijo el ángel del cielo, y el que le dijo hoy Elisabeth, mujer de la tierra, esto nos dice: que tiene bendición sobre ángeles y hombres, y más gracia que ellos, y por consiguiente, más gloria.

Mirad bien y veréis que, si Cristo virgen, la Madre virgen; y antes que Él lo predicase que era mejor virginidad que casamiento (*Mt.*, 19), ya Ella lo había propuesto y aun prometido. Él predicó pobreza, Ella la obra, dando por Dios lo que le dieron los Reyes. ¡Qué de veces predicó el Señor humildad y caridad, y cuántas veces lo obró primero la Virgen, como enseñada de Aquel que en su vientre estaba! Mucho nos maravillamos ver que el Señor lavó a sus discípulos los pies, que nos da a entender humildad y caridad; y es aquello una admirable obra que Cristo al fin de su vida quiso hacer para ejemplo nuestro; mas mirad el lucero que vino primero que el sol, y veréis su profunda humildad y caridad en visitar hoy a Santa Elisabeth.

### 3.—*Humildad de María.*

Y así como para ver cuán grande humildad fué la del Hijo de Dios en abajarse, dice San Juan primero cuánta era su alteza: *Cum omnia tradidisset ei Pater in manus* (*Jn.*, 13), así para saber bien ponderar la humildad de Ella, mirad primero cuán alta es Ella. Señora, ¿no os acordáis a quién lleváis en vuestro vientre encerrado, que es tal que, por ser Vos su Madre, sois la más alta criatura de la tierra y del cielo; y es razón que Vos a nadie, y todos os sirvan a Vos? Aun si fuera antes de haber concebido tal Hijo, que os da a Vos nombre sobre todo nombre que a criatura pura se debe, que es ser llamada Madre de Dios, no fuera tanta la humildad con que os abajáis, porque no fuera tanta la alteza que teníades; mas siendo Vos, Señora, tan alta, y ensalzada con título de tanta grandeza, haceros Vos pequeña con la humildad, es cosa, después de la humildad

de vuestro Hijo, la más alta de todas, porque Vos que os abajáis sois la más alta de todas.

La Escritura dice (*Eccli.*, 25): *Odit Dominus pauperem superbum*; porque para eso le da Dios la pobreza, porque descienda de la soberbia y se humille; y no lo haciendo, es su fealdad más aborrecible, porque es soberbio sin ocasión, y no con ocasión. Como la soberbia de éste es más abominable, así la humildad del rico es más amable; porque como el otro tenía ocasión de ser humilde y fué soberbio, así éste la tenía de ser soberbio y es humilde. No es mucho, no, que nosotros nos humillemos, pues tenemos tantas pobrezas que nos convidan a ello; mas en la Virgen, donde todo es limpio, blanco más que la nieve, sin ninguna mancha de pecado, allí tanta humildad, es cosa digna de grande admiración, con la cual se hizo amable a Dios y lo atrajo a sí; palabras son de la Virgen (*Lc.*, 1): *Quia respexit humilitatem*. Ahora sea como el original dice, *parvitatem*, ahora como los santos latinos lo exponen, por virtud de humildad, todo viene a una. Y es cosa de ponderar que ni alega fe, ni esperanza, ni caridad, que son las mayores de las virtudes, sino *respexit humilitatem*; porque aunque ésta no es mayor, es fundamento, y es causa de conservación de las otras. A los humildes da gracia el Señor, y si la da a ellos muestra quererlos bien; de manera que el perder uno la gracia, señal es de haber perdido la humildad. *Non veniat mihi pes superbiae; et manus peccatoris non moveat me* (*Ps.*, 35). Si no tienes aquel mal pie, no temas esta mala mano. *Ibi ceciderunt omnes qui operantur iniquitatem*. Y no sólo en perder la gracia *gratum faciente*, mas en perder el *gusto de gracia*. Y así esta regla tenía San Bernardo, que cuando le faltaba la devoción decía: *Superbia inventa est in me, et declinavit Dominus in ira a servo suo*, etc.

Y lo que es mucho de mirar, que ama tanto Dios que el hombre sea humilde, que aunque sea trueque de permitirle caídas, le permite caer porque sea humilde: *Punit Deus latentem superbiam manifesta libidine*, dice San Agustín. Y vese en Nabucodonosor, porque por la soberbia fué echado de entre los hombres a morar con las bestias; y así anduvo siete años, hasta que conoció y adoró a Dios, y dijo que a quien Él quiere dar el reino, de aquél es, y se retractó de lo que había dicho, que en la fortaleza de su brazo

había edificado a Babilonia. ¡Oh cuán de verdad se cumple esto en los soberbios, que les quita Dios lo que les había dado, porque no conocían ni agradecían que Él se lo había dado, y permíteles caer en pecados, no humanos, sino bestiales, hasta que los desatina y hace desconfiar de su saber y fuerzas, y díceles (*Dan.*, 4): *Septem tempora mutabuntur super te!* ¡Oh, qué de cosas pasan en aquellos *siete tiempos* hasta que uno se humilla a Dios y a los hombres por Él! ¡Qué de golpes, tentaciones, caídas, hasta que caiga la soberbia; y entonces el hombre está apto para ser levantado, y para ayudar a levantar a otros. Ejemplo en San Pedro.

Y no sólo la humildad alcanza y conserva la gracia, mas es señal que da a entender que está allí la gracia; como al que no la tiene, la soberbia es señal de la ausencia de ella (*Eccli.*, 10, 15): *Initium omnis peccati, superbia, et qui tenuerit illam, adimplebitur maledictis.* Dice la glosa: *Vitiis.* No suelen andar solos los grandes, ni tampoco la soberbia anda sola, y así la humildad no se halla sola. *Evidentissimum electorum signum humilitas, et reprobatorum superbia,* dice San Gregorio.

Y esto se nos da claro a entender en que la Virgen, concibiendo al Hijo de Dios, luego hace acto de humildad en ir a ver y servir a la que era menor. ¡Oh cosa maravillosa, que el lleno de Dios se humille más a servir a su prójimo, y se desprecie más en sus ojos, y cuanto Dios más le alza, más se abaja! Hechura es ésta del cielo, que en la tierra no se usa esto; mas la Virgen hízolo como enseñada de Dios, y debémos mucho maravillarnos de ello, mas no contarlos entre aquellas obras que dice San Gregorio *quae sunt admiranda, non imitanda*; que si la humildad del Hijo nos manda que la imitemos, también la de la Madre. Imitemos todos la humildad de la Virgen, pues es espejo de todos. «Mirad—dice San Jerónimo—a la que amáis, y honremos con la imitación a la que honramos con reverencia.» «Aprenda—dice San Ambrosio—la doncella de servir a las viejas, de honrarlas y estimarlas; porque es mucha razón que cuanto la doncella es más limpia, sea más humilde. Y así pueden y deben aprender los mayores a aprovechar y humillarse a los menores.» *Subiecti omni humanae creaturae propter Deum, omnes invicem humilitatem insinuant,* dice San Pedro (1 *Petr.*, 2); que si este

consejo se tomase no habría los males que hay. De la soberbia todos los males, de la humildad todos los bienes. *Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde, et invenietis requiem* (Mt., 11). Por el contrario, los desasosiegos de la soberbia vienen, por vengar, por cumplir con fausto vano. Desdichado del soberbio que pierde a Dios y pierde el descanso.

Quien a Dios tiene, en la humildad se conoce, como el grano de peso a lo hondo se va, el vano nada a lo alto del agua; y el árbol lleno de fruto, encorvado está hacia abajo con el peso; el de hojas solas, enhiesto y lozano está. No creáis haber santidad sin humildad, ni aunque seáis subido al tercero cielo como San Pablo (2 Cor., 12), si no os tenéis por digno de infierno en cuanto es de vuestra parte; que por falta de esto está el mundo lleno de herejes, teniéndose en más que los Santos pasados y que toda la Iglesia. ¡Oh caso para espantar, que una gente tan profana y carnal se tenga en más que tantos Santos de vida tan sobrehumana, que son como ángeles en comparación de unas bestias! (1). «No deja—dice San Agustín—de creer uno a otro en las cosas de Dios, sino porque se tiene por mejor que él.» Pues ¿quién se osa cotejar ahora con los Santos pasados, pues las piedras dan voces cuánta diferencia va? Y pues aquéllos fueron más amigos, a aquéllos reveló Dios sus secretos; que cada uno descubre su corazón a su amigo mejor que a quien no lo es (Jn., 15): *Vos autem dixi amicos*, etc. Y en los negocios de Dios poca parte es ingenio, ni estudio, ni lenguas, sino el magisterio de Dios; y esto mejor lo ha dicho Dios a su Iglesia, y a Santos, vírgenes, mártires, y de grandísima vida, que a una gente perdida; porque si conocimiento de Dios hay en la tierra, éste tienen los amigos de Él. Mas es tanta la ceguedad de la soberbia, que no deja ver aun lo más claro. No está allí Dios, cuyo espíritu es *humilde y manso*; mas el espíritu del soberbio Lucifer y rey de soberbios.

Quien quisiere tener alguna conjetura de que tiene a Dios, sea humilde e imite a la Virgen, que siendo encinta por obra de Dios va a visitar a la que lo está por obra de un hombre. No va a hablar, no va por callejear, no va por enseñar sus vestidos y hermosura,

---

(1) Alude a Lutero y sus partidarios.

sino a servir a la vieja y embarazada; que a esto han de ser las visitas y entrada. No contó nuevas, no dijo mal de ausentes, sino servía de obra, y [daba] edificación de palabra, aprovechando a la madre y al hijo. Acordaos de esto, señoras; cuando fuéredes a visitaros, sanas o enfermas, sea para edificación, no para traer más pecados.

#### 4.—*Visita a Santa Isabel.*

¡Oh dichosa persona a quien, Señora, visitás! ¡Oh cuán de verdad dirá: *Visitatio tua custodivit spiritum meum* (Job, 10). Pues que de nuevo lo da, no es mucho que lo guarde. ¡Oh dichosa la casa donde entras a visitarla! ¿Qué bien habrá, que no le traigas contigo, pues llevas contigo a Dios? Nunca la Virgen andaba sola, todas las virtudes la acompañaban, que la hermo세aban mejor que todo el oro. Acompañábanla los ángeles como a su Reina y Señora; mas mirad a quién lleva en su vientre, y veréis cuán rica y acompañada va, para sí, y para darlo a la casa donde entra. ¿Qué bien no dará la que lleva a Dios en sí?

Y para que supiesen los hombres católicos, y se confundan los herejes, que es cosa provechosa la intercesión de los Santos, y que por sus ruegos nos hace Dios bienes, quiso Dios que se diese el espíritu de gracia al niño, por hablar la Virgen, y se diese el espíritu de profecía a la madre. Porque, decidme, ¿quién dijo a Santa Elisabeth que aquella Señora era *bendita*, lo mismo que el ángel la dijo? ¿Quién le enseñó que era *Mater Domini mei*? ¿Quién le dijo: *Beata quae credidisti*, pues fueron cosas que pasaron entre el ángel y la Virgen? Díjose las Dios; y pudiera decírselas antes que la Virgen viniera, para que la fuera la vieja a visitar, o la saliera a recibir; y no fué servido porque no entendiéramos esta verdad, sino aguarda que la Virgen entrase y saludase a la vieja para que diga: *Ut facta est vox salutatio-nis tuae*. Por la habla, por el medio de la Virgen les vino este bien; y así parece cuán provechosa nos es su intercesión y el encomendarnos a Ella, y con cuánta razón la debemos suplicar nos visite.

5.—*Para que visite nuestra casa.*

¡Oh casa dichosa donde, Señora, visitas! Y otra vez lo diré (*Sap.*, 7): *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa*. San Andrés y otro discípulo preguntaron a vuestro Hijo bendito (*Jn.*, 1): *Ubi habitas?* Señora, preguntámoos a Vos vuestros indignos siervos: «¿Dónde visitáis? ¿Cómo se llama la casa? ¿Qué señas tiene? ¿Qué haremos para traerlos a nuestra casa, para que nos consoléis, y se alegre nuestro niño y se alumbré nuestro corazón?» La casa donde visita la Virgen es casa de Zacarías, y saluda a Elisabeth. Zacarías quiere decir *el que se acuerda de Dios*. Bienaventurado hombre que de Dios se acuerda, pues le sabe la Virgen la casa. Acordarse de Dios ¿qué será? que pues tan gran bien es, no debe de ser cosa de muchos. La memoria de Dios, dice San Jerónimo: *Expellit omne peccatum*. La memoria de Dios consuela en las tribulaciones (*Ps.*, 41): *Ad me ipsum anima mea conturbata est, propterea memor ero tui*. De manera que quien peca no se acuerda de Dios de esta manera, para que la Virgen venga a su casa. Y esto declara David cuando dice (*Ps.*, 118): *Memor fui mandatorum tuorum ad faciendum ea*. Acordarse de Dios es acordarse de sus mandamientos, es ponerlos por obra; y así el que olvida los mandamientos, olvida a Dios, y el que no los guarda, aquél los olvida aunque los sepa de memoria. Esta, pues, es la causa por qué no somos visitados de la Virgen, el no guardar los mandamientos de Dios y de la Iglesia; pues los unos y los otros son necesarios. Y esto declara Dios por el Profeta Oseas (4): *Quia oblita est legis Dei, obliviscar et ego filiorum suorum*. ¡Ay de quien de Dios y su Ley se olvida! ¡Qué amenazado está que le será pagado en la misma moneda, que se olvidará Dios de él, ¡como quien no dice nada! De aquí viene llamar y no ser oídos; porque (*Prov.*, 28): *Qui obturat aurem suam ne audiat legem, oratio ejus erit execrabilis*. *Numquid oblivisci potest mulier*, etc. *Populus vero meus oblitus est mei, diebus innumeris* (*Jerem.*, 2. 32). Con cuánta razón se queja Dios (*Ps.*, 30, 13): *Oblivioni datus sum tamquam mortuus a corde*. Harto nos encomendó Él: «Acordaos de mí.» Y para esto se quedó acá en el sacramento del Altar; mas no aprovecha; que a Él y a sus beneficios hemos olvidado. Olvidado

tenemos a Dios y a su Ley, y por eso no somos visitados de la Virgen, que ella así lo siente, pues lo dice (*Jn.*, 2): *Quodcumque dixerit vobis, facite.*

¡Oh consejo tan de Madre, y tal Madre! *Quodcumque dixerit*, etc. Así, así se torna la tristeza en alegría, *el agua en vino*, haciendo todo lo que el Señor nos manda; así es visitada Elisabeth, que quiere decir *hartura de mi Dios*, que es la buena voluntad con que Dios se harta y el hombre se harta; que aunque la casa se llama de *quien de Dios se acuerda*, la visitada es la mujer encinta. El acordarse de Dios más pertenece al entendimiento que se acuerda de Dios y piensa en Él; más la *hartura* a la voluntad, en la cual está el amor. El entendimiento, el varón; la voluntad, la mujer, y ésta es la visitada y bendita, *sicut vitis abundans, in lateribus domus tue* (*Ps.*, 127). A éste le ganó la Virgen gozo para sus buenos propósitos, que de pocos se hagan muchos, de chicos mayores, y se ofrezcan más a Dios, que le adoren y reverencien.

Viene, en fin, con Ella la bendición de Dios, como en otro tiempo bendijo Dios a Obededón porque recibió en su casa el Arca de Dios; y fué tanto lo que Dios le dió, que David, con codicia de aquellos bienes, trajo a su casa el Arca de Dios. ¡Oh si supiésemos qué bienes tiene quien a la Virgen tiene! Desearíamos y procuraríamos traerla a nuestra casa, para ser más y más benditos de Dios. Y aquel tiene a la Virgen, que tiene a su Hijo o lo quiere tener; el que está en gracia le tiene. Y quien gime sus pecados y los confiesa también le tendrá; que no sólo la Virgen es Madre de los justos, mas también abogada para alcanzar perdón al pecador. Ella es la que cuando Dios está enojado, y viene a matar el necio y malo de Naval (*1 Reg.*, 25), sale al camino, y con su palabra, y echada a los pies de David, y ofreciéndole dones, le amansa. Mejor lo hace esto, cierto, que la otra Abigail, y mejores dones tiene que le presentar que la otra; porque aquélla ofrecióle tantos panes; mas la Virgen tráele a la memoria que le dió carne humana, que le trajo en su vientre, que le dió leche. ¿Qué maravilla, que pues Cristo es tan agradecido aun a un jarro de agua que dan por Él, que lo sea a quien le dió no sólo agua, sino la carne, y lo que hubo menester para vivir, vestir y lo demás necesario? ¿Paga a quien da por amor de Él, y no a quien le da a Él? Y de aquí nace que alcance que se amanse Dios,

¡Oh quién te viese, Virgen, abogar por los pecadores, y decir que nos perdone Dios, que no sabemos lo que hacemos! Y si no es oída, es porque no la oímos en el sermón que nos predica: *Quodcumque dixerit vobis, facite*. Si Ella está rogando por mi arrodillada delante de Dios, yo estoy enhiesto en mi voluntad, duro con malquerencia, abominable con deshonestidades. Había de estar la lengua orando, está murmurando. Es impedida la oración de Ella por nuestros pecados. Ayudemos a la Virgen con nuestra penitencia, y sentiremos el provecho de su Visitación; diremos: *Unde mihi?* Seámosle agradecidos, y Ella dará gracias a Dios por los bienes que nos hace, estará con nosotros hasta que nuestro Niño nazca, ayudando a los buenos propósitos para que vengan en obra, y tengan vida eterna.

## TRATADO 6.º

### NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA (II).

*Quae est ista quae progreditur quasi aurora?*

¿Quién es ésta que se levanta como la mañana?

(Cant., 6.)

#### 1.—¿Quién es ésta?

Dicen que un ignorante puede preguntar más que responder un sabio; y si la pregunta del ignorante pone en aprieto al sabio, ¿qué hará la del sabio al ignorante? Preguntó una vez el Señor a sus Apóstoles que le dijeren quién era Él (*Mt.*, 16). Pregunta, por cierto, bien dificultosa aun para los ángeles, cuanto más para gente que había gastado su vida más en ejercitar el oficio de la pesca, que no en predicar teología. Y aunque la hubieran predicado, es gran verdad lo que el mismo Señor dijo (*Mt.*, 11): *Que ninguno conoció al Hijo sino el Padre, y a quien el Padre lo quiere revelar.* Y porque al mundo importaba la salvación saber los hombres quién es Jesucristo, y ellos no lo podían saber, proveyó el Eterno Padre de lo decir por boca del Apóstol San Pedro, diciendo (*Mt.*, 16): *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.*

¡Gran pregunta! ¿quién es Jesucristo? Y después de ésta, es gran pregunta ¿quién es su bendita Madre? Es tan grande esta Niña que hoy nace, que pone en gran admiración a los hombres y a los ángeles, y así como admirados preguntan: *¿Quién es ésta que nace como el alba que amanece, hermosa como la luna. escogida como el sol, terrible y espantable como escuadrón de gente bien ordenada?* ¿Quién será tan atrevi-

do a responder a lo que los ángeles preguntan con admiración? Cuanto más sabiendo nosotros tan poco, que siendo preguntados de una hormiguita o de un gusanillo, aun no sabemos decir todo lo que en ellos hay. ¡Señor benditísimo! Vuestro Eterno Padre declaró por boca de San Pedro quién érades Vos. Mirad cuánto bien se sigue al mundo de que conozcamos quién es vuestra benditísima Madre que hoy nace. Porque conocer a Vos, es conocer nuestro Redentor y nuestro remedio; y conocerla a Ella es conocer el camino para gozar de Vos y de vuestra redención. Confesámoos, Señor, que no somos suficientes para conocer ni hablar la menor parte de las grandes riquezas que en vuestra Madre pusisteis; tomad, pues, la mano, pues que sois su Hijo y queréis honrar a vuestra santísima Madre, y sois su Criador y su Dios, que la criasteis y dotasteis de todas las gracias que tiene, y por eso la conocéis muy bien, y la daréis a conocer como hemos menester.

*Quae est ista quae progreditur*, etc. Estando un día el Profeta David en contemplación de las obras de Dios, con aquella lumbre que Dios para ello da, y sin la cual no se pueden bien conocer, fué tan admirado de la grandeza de ellas, que salió con esta voz y dijo (Ps., 138): *Maravillosas son, Señor, tus obras, y mi ánima las conocerá mucho*. Dichoso aquel cuya ánima conociere esta obra de Dios que entre manos tenemos, esta sacratísima Niña, en la cual no hay cosa de mano ajena, mas toda hecha por mano de Dios, y por eso toda llena de maravillas, *vaso admirable, obra del muy Alto*, como el Eclesiástico (43, 2) dice. Chiquita es en sus ojos, mas la dignidad y grandeza suya, a todo lo criado excede con grande ventaja. «Más alta es que el cielo—dice San Agustín—ésta que queremos alabar; más profunda es que el abismo; más ancha es que el mar, y su longura es mayor que de oriente a occidente.» Maravillanse de Ella los hombres y los ángeles; *viéronla las hijas de Sión, y llamáronla bienaventurada, y las reinas la han alabado* (Cf. Prov., 31, 28); porque así los ángeles que *atalayan* a Dios en el cielo faz a faz, como las ánimas muy santas que hay en la tierra, todos le conocen ventaja, y se postran delante su acatamiento, y confiesan ser insuficientes para conocer la grandeza de esta pequeña, y preguntan, si hubiere quien les responda: *¿Quién es ésta que sale del vientre de su madre como alba que nace, hermosa como luna?*